



Isaac Rosa

Tiza roja

Los relatos de *Tiza roja* tratan asuntos de actualidad y de la vida española de los últimos años y son historias cercanas que expanden nuestra comprensión de la sociedad en la que vivimos. Cuentan, por ejemplo, la biografía de una persona a través de sus facturas o la nostalgia de un hombre recién despedido por los hoteles que se habían convertido en su hogar, la vida contrarreloj de padres y madres, y la rutina de gente que, al fin y al cabo, podría ser cualquiera de nosotros.

Tiza roja incluye más de cincuenta relatos, organizados siguiendo las secciones de un periódico, a modo de reconocimiento del vínculo que los une al ámbito de la prensa, dado que todas las historias han aparecido en diarios durante los últimos años. Revisados, ampliados e incluso, en algún caso, modificados, Isaac Rosa aborda en ellos cuestiones sociales, temas que universaliza desde una óptica muy personal que siempre ofrece nuevas lecturas e invita al debate.

Para Elvira, Carmela y Olivia, mucho cuento.

Cincuenta intentos por contar qué nos pasa (prólogo)

No soy escritor de cuentos, vaya por delante esta confesión, extraña para introducir un libro de cuentos. Si excluyo mis primeros textos de juventud (uno siempre empieza tanteando la distancia corta), diría que nunca he escrito un cuento por iniciativa propia. Nunca. No me sale escribir relatos. Acumulo notas y cuadernos para una docena de futuras novelas, pero no tengo ni un pósito con una idea para un próximo cuento. Y sin embargo, he escrito y publicado más de un centenar en los últimos ocho años, y voy a seguir haciéndolo.

A diferencia de mis novelas, todos los cuentos que he escrito y publicado han sido de encargo: alguien me pidió que escribiese cada uno de ellos. Y ahí va mi primer agradecimiento en este prólogo: a quienes en estos años me han encargado relatos, me han ofrecido las páginas de sus revistas, periódicos y libros para publicarlos.

Como mi editora me avisa de que me está quedando un prólogo más bien disuasorio (quién querrá leer los cuentos de un autor que dice que no le sale escribirlos, que solo lo hace cuando se lo encargan, y por tanto siempre que le paguen), déjenme que defienda brevemente el encargo en la literatura. No solo soy un practicante, y un partidario; soy un entusiasta de la literatura de encargo. Ojalá nos pidiesen más veces que escribiéramos. Ya vale de dejar la literatura a merced de la inspiración, las ganas, el capricho y la

irresponsabilidad del creador autónomo, soberano, libre e intocable.

Todos lo hacemos alguna vez, aunque los encargos no abundan. Al margen de las cada vez más escasas revistas literarias, si de cuentos hablamos, los encargos suelen limitarse a relatos veraniegos o navideños en prensa, y libros de autoría colectiva dedicados a un mismo tema (una causa social, un aniversario histórico, una ciudad, el fútbol). He contribuido a ambos géneros con gusto, pero no es el tipo de encargos que me interesan, y en esta selección no hay ninguno de esos relatos.

Mis encargos han sido sobre todo periodísticos. Pero no como habitualmente hacen los medios, para rellenar páginas de agosto y así ofrecer contenidos más ligeros cuando afloja la actualidad, o para regalar a los lectores en Navidades. Aquí no están los habituales «cuentos de verano» ni «cuentos navideños», aunque sí haya relatos que fueron escritos para ser leídos en agosto o en la resaca de la cena navideña.

Durante años he tenido la fortuna de escribir por encargo para dos medios independientes: primero la revista mensual *La Marea*, y más recientemente el periódico digital *eldiario.es*. Dos medios que han aceptado que la ficción sea una pieza más en la mirada crítica que se proponen editorialmente. Que la ficción, más que complementar el relato interpretativo de la realidad que todo medio intenta, pueda ampliarlo, desviarlo a terrenos diferentes, aparentemente ajenos, extraños.

Si algún interés pueden tener estos cuentos (el lector decidirá), quizás esté ahí: fueron escritos con propósito de ser esa pieza, esa ampliación, esa mirada a nuestro tiempo, a realidades y conflictos de hoy, a los miedos y deseos que nos agitan, a nuestras ansiedades pero también nuestras esperanzas.

Escribí durante seis años un cuento mensual en *La Marea*, que prolongué durante otro año y medio como cita se-

manal en *eldiario.es*. Las cincuenta piezas seleccionadas para este libro no pretenden pasar por un retrato de la sociedad española. Más bien serían reflejo del desconcierto con que todos vivimos este tiempo (incluida la más reciente e inesperada convulsión), y de los intentos que hacemos por interpretar, dar sentido, reparar daños, imaginar alternativas. Es decir, intentos por contar qué nos pasa, pues la llamada «crisis» de la última década ha sido también una crisis de relato (individual y colectivo), la pérdida de una narrativa propia con la que contarnos.

En estos cincuenta cuentos hay historias de quienes temen, pero también intentos por dar miedo alguna vez. Están quienes se sienten solos y desconfían de los otros, pero también quienes buscan comunidad antes que compañía, y seguridad sin tener que instalar una alarma en casa. Hay violencia, incendios, cansancio, autoengaño y dolor, pero también aparecen activismos inesperados, fraternidad espontánea, chispas que de pronto prenden, muestras de inteligencia e imaginación colectivas, pequeñas reparaciones y aún más pequeñas dosis de justicia, aunque sea justicia poética.

He organizado los cuentos a la manera de las secciones típicas de un periódico, para reconocer su vinculación en origen al periodismo. Un reparto que en algunos casos es evidente y en otros puede parecer caprichoso, pero que es un intento por seguir hilos, encajar piezas, dar un sentido de conjunto al que suelen resistirse los libros de relatos.

Por lo demás, me he limitado a releer y corregir mínimamente, sin alterar nada esencial pero sí dándole esa última revisión que los tiempos periodísticos no siempre permiten (descuidos, redundancias, alguna frase mal construida, poco más). Únicamente en un relato («El ángel exterminador») he preferido cambiar el final, después de años convencido de que había escrito otro desenlace, el que ahora tiene.

Solo me queda dar las gracias a las dos personas que me encargaron estos relatos: Magda Bandera, en *La Marea*,

y Sindo Lafuente, en *eldiario.es*. Gracias a ambos por la confianza, y por dar espacio a la ficción en sus medios, sin esperar a que sea agosto o Navidad. Gracias también a los fabulosos ilustradores que me han acompañado estos años: Diego Quijano, Riki Blanco, Mikel Jaso, Pablo Caracol y Bernardo Vergara. Y gracias, siempre, a Elena Ramírez, por querer leerlos en un libro.

ISAAC ROSA

Política

Toda esa furia

No es una broma. No busques la cámara oculta, porque no la hay. Entiendo tu desconfianza, entiendo que no me tomes en serio. No es para menos: una desconocida que te sigue durante kilómetros con el coche solo para hablar contigo. Cuando me has visto te has puesto en guardia: esperabas que te pidiese cuentas por el encontronazo que tuvimos hace un rato en un semáforo, que te reprochase tus malos modos, los insultos, el acelerón con bocinazo al adelantarme, y resulta que no, que te he seguido solo para contarte toda esta historia extraña. Normal que pienses que soy una loca, una bromista, el gancho de un programa televisivo de inocentadas. Yo también lo pensé cuando me pasó la primera vez: en mi caso no fue una desconocida siguiéndome por la calle, sino un vecino en el ascensor.

Era por la mañana, yo acababa de salir de casa, con la prisa habitual, dejando atrás a mi marido con el niño a medio vestir. Abrí la puerta del ascensor y ahí estaba él: un vecino con el que me cruzaba a menudo, sin que nunca antes hubiésemos intercambiado más que saludos educados. Bajamos juntos los ocho pisos, y en seguida noté que me miraba fijamente, con una sonrisa inapropiada. Le devolví la sonrisa, me giré y encontré su mirada también en el espejo, la sonrisa ahora ya molesta, amenazadora, así que me revolví, con la misma desconfianza que tú has tenido conmigo hace un momento. «¿Pasa algo?», le pregunté agresiva. No se anduvo con rodeos: «Anoche oí cómo gritabas a tu hijo. No soy cotilla, perdona, es que el patio de luces es una caja de resonancia, se nos oye todo: peleas familiares, conversaciones por teléfono, la vieja que discute con el televisor, el que canta en la ducha, los recién casados que se aman ruidosamente...».

¿De qué iba aquel vecino? No era el tipo de conversación para el que estaba preparada a las ocho de la mañana, así que no encontré palabras, y él siguió: «Anoche gritaste a tu hijo. No era la primera vez, lo sé, pero noté que gritabas con más fuerza, incluso usaste palabras que no sueles emplear delante de él: “Cómete la sopa de una puta vez”, eso le dijiste. Me pareció oír un puñetazo en la mesa, el temblor del plato y los cubiertos antes de mandarlo a la cama sin cenar. No pasa nada, te entiendo: yo era igual, perdía los nervios con el mío cuando le intentaba ayudar con las matemáticas, llegaba a llamarlo tonto. Insultar a un hijo, lo peor».

Resoplé y desvié la mirada, pensé que era un pesado que me iba a soltar un discursito sobre cómo educar a los hijos. Miré el indicador luminoso para comprobar que estábamos a punto de llegar al bajo, pero entonces él apretó el botón y detuvo el ascensor entre dos pisos. «¿Qué coño haces?», solté, ahora ya asustada, pero él siguió con la misma calma: «La pregunta es: el grito ese, ¿era para tu hijo? ¿Había hecho algo que mereciera tanta furia? ¿O en realidad era para otro? Piénsalo», remató como si dibujase puntos suspensivos en el aire antes de pulsar el botón y desbloquear el descenso.

«Imbécil, métete en tus asuntos», murmuré al salir. Lo mismo que tú me has dicho hace un minuto, cuando te he abordado en el aparcamiento y has visto que era yo, la misma a la que hace un rato agobiaste a bocinazos e insultaste a gritos. «Métete en tus asuntos», me acabas de soltar, como yo aquella mañana. Pero lo cierto es que tras el encuentro con mi vecino no pude quitarme de la cabeza sus palabras en todo el día. Y esa noche, en la cena, me mordí los labios para no gritar a mi hijo cuando empezó otra vez a girar la cuchara en el plato, con la mirada perdida, la cuchara que peina la superficie de la sopa hasta que por fin la levanta con lentitud, la acerca a la boca, sorbe solo la mitad, y vuelta a empezar. Siempre ha comido así, es desesperan-

te, y a esas horas, con la fatiga y la tensión acumuladas de la jornada, mi paciencia es muy corta. Mi marido le pide con dulzura que coma, que se dé prisa, pero él tiene toneladas de paciencia, no vuelve estresado de ningún trabajo porque lleva año y medio en paro. Yo aguanto, aguanto, hasta que salto y pego un manotazo en la mesa y le grito. Pero aquella noche no. Recordé la conversación del ascensor, y pensé que el vecino impertinente tenía razón: estaba pagando con mi hijo un hartazgo que no era suyo. Lo mismo que te ha pasado a ti conmigo: ¿era para tanto que se me calase el coche y el semáforo se pusiera en rojo? ¿Merecía yo tanta furia, o en realidad debería ser otro el destinatario?

Aquella noche, tras acostar al niño, mientras mi marido leía en la cama, me asomé al patio interior. Miré en todas direcciones, hasta que localicé al vecino dos pisos más arriba. En una ventana, apoyado en el alfeizar. No veía su cara pero supe que era él: me sostuvo la mirada, relució su sonrisa en la oscuridad, y acabó por hacer un gesto con la cabeza, un «vamos». Me puse un abrigo y le dije a mi marido que iba a bajar la basura. Al abrir el ascensor, ahí estaba, sonriente, fantasmal.

Nos sentamos en un banco frente al portal. Me contó lo mismo que te he soltado yo al abordarte. Todo, palabra por palabra. Y mi reacción fue la misma que la tuya, claro: pregunté si me estaba tomando el pelo. Busqué la cámara oculta. Estuve a punto de mandarlo a la mierda, como tú querrías hacer ahora conmigo. Pero me dijo que al día siguiente me demostraría que iba en serio. Me pidió la dirección de mi empresa, el nombre de mi jefe directo, y me preguntó: «Si pudieses decirle lo que no te atreves a decirle, sin miedo a ser despedida, ¿qué le dirías?». Yo continuaba sin tomármelo en serio, pero le seguí el juego: total, me permitía un pequeño desahogo. Así que se lo solté. Todo lo que me guardaba a diario, lo que masticaba en silencio durante las ocho horas de trabajo, lo que hablaba a solas

en el coche de vuelta a casa, lo que ya no le contaba a mi marido por las noches, harta de que le quitase importancia a todo y me dijese que por lo menos yo tenía trabajo.

«Imagina que soy tu jefe. Me tienes delante. Dímelo tal como se lo dirías a él», propuso mi vecino, y así hice. Se lo dije todo, tres minutos de retahíla apresurada. Hasta levanté la voz, muy enojada. De vuelta a casa, me sentía aliviada. Si todo aquello era una broma o una locura, a mí al menos me había servido de desahogo, me fui a la cama más ligera.

Al día siguiente comprobé que iba en serio. Yo estaba en mi puesto, atendiendo una llamada, intentando retener a un cliente que quería darse de baja del servicio, y entonces lo vi entrar. Él. Mi vecino. Avanzó entre las operadoras sin siquiera mirarme, como si no me conociera, y yo pensé que sí, que era un loco, y hasta temí que su locura se manifestase de alguna forma violenta. Observé sus pasos decididos hasta el fondo. Se detuvo ante la puerta del supervisor, llamó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta. Permaneció apenas tres minutos dentro. Y después salió, cruzó tranquilo la planta, de nuevo sin mirarme, y desapareció. Segundos después asomó por la puerta el supervisor, con expresión perpleja, pálido. Dio unos pasos indecisos, preguntó a la administrativa si sabía quién era aquel tipo que acababa de estar en su despacho, corrió hacia la puerta, se asomó al pasillo, volvió a entrar y arrastró los pies hasta su despacho, echó una mirada general, yo agaché la cabeza, cerró la puerta y no lo volvimos a ver en toda la mañana.

Pero ahora viene lo mejor, espera: aún me faltaba hacer mi parte del trato. Aproveché la hora de la comida, y fui hasta el restaurante que me indicó mi vecino. Me esperaba en la puerta, sonriente.

—Ya has visto que no era una broma.

—¿Qué le has dicho?

—Todo lo que me dijiste anoche. Palabra por palabra. Se ha quedado mudo. Seguro que el resto del día ha estado más suave.

—No ha salido en toda la mañana.

—Es tu turno —dijo, señalando hacia el interior del restaurante—. Está en la mesa del fondo, comiendo con otro de dirección y dos clientes. El más joven, delgado, con barba. Y por supuesto —añadió con un guiño—, no digas que vas de mi parte.

Entré en el restaurante, esquivé al camarero y avancé hasta el fondo, hacia aquellos cuatro hombres con corbata, camisas remangadas, las chaquetas en el respaldo. Estaban ya en el café y reían ruidosamente. Y yo acercándome despacio pero decidida, como una terrorista a punto de disparar a sus cabezas. Me planté junto al joven con barba, que levantó la mirada esperando a una camarera, y le solté lo acordado con mi vecino:

—Eres patético. Sí, tú. Patético. Un pelota con tus superiores y un tirano con los empleados. Todos saben que eres mediocre, y se burlan a tu espalda, imitan las tonterías que dices, toda esa basura que lees en libros para directivos. Están hartos de que te apropias de las ideas ajenas para hacer méritos, y de que alargues estas comidas con clientes para luego llegar a la oficina y encargarte tareas cuando ya casi es la hora de salida. Ah, y deja ya de llamar «niñas» a las trabajadoras, machista.

Quedamos todos en silencio. Yo, incrédula de mi propia audacia. Él, con los ojos tan abiertos como la boca. Los otros comensales incómodos, esperando su reacción. El resto del restaurante había enmudecido para escuchar mi acusación.

—Joder —dijo por fin, con sonrisa nerviosa—, ¿tú quién coño eres, guapa? Es la tercera vez que me hacen lo mismo este mes, qué...

Salí a la calle dejándole con la palabra en la boca. Mi vecino ya no estaba, no lo vi hasta la noche. Cené con mi

marido y mi hijo, sorprendentemente tranquila, con ganas de hablar, paciente ante la resistencia del niño con la sopa. Después me asomé al patio y ahí arriba estaba, en su ventana, su sonrisa de conspirador brillando en la oscuridad.

Ahora es tu turno. Decide tú si quieres sumarte, si quieres ser parte de esto que no sé si llamar club, organización, hermandad. Somos muchas, muchos, cada vez más. Nos une la misma convicción: no estamos dispuestos a que toda esa furia nos joda la vida, todo ese malestar que nos llevamos del trabajo a casa y que acaba saliendo en forma de discusión de tráfico, broncas de pareja, gritos a los hijos, mal humor generalizado, tristeza, insomnio y todo el daño que no vemos pero que va por dentro, el organismo día a día erosionado por el estrés que llena las arterias de cortisol y aumenta la tensión arterial y la frecuencia cardíaca. No queremos infartos, ictus, ansiedad ni depresiones. Basta de ansiolíticos. Queremos canalizar toda esa ira, pero tampoco queremos aplacarla con respiraciones profundas, yoga, sacos de boxeo, carreras nocturnas, manualidades, libros para colorear, *mindfulness*, pensamiento positivo ni autoayuda de mierda. Queremos que toda esta rabia sirva, tenga utilidad, se vuelva contra sus responsables. Y como no podemos hacerlo directamente, hemos externalizado nuestra ira. La hemos subcontratado. El *outsourcing* de la furia. Una sociedad de apoyo mutuo basada en el intercambio de favores. Tú utilizas mi rabia, yo la tuya; así no se pierde ni se desvía hacia quien no la merece. ¿Quieres ser uno más?

Lo de los jefes es solo el comienzo, la primera prueba; no creas que somos tan ingenuos. Muchas veces no hay un jefe al que arrojar la furia, o eres tu propio jefe, o la merecería la empresa entera, o el gobierno, o el sistema, sin que expresarlo sea tan fácil como entrar en un despacho o un restaurante. Hemos empezado a sabotear juntas de accionistas, colapsar centralitas y webs con llamadas y correos, difundir boicots a productos, y pronto probaremos nuevas

formas de protesta colectiva. Hemos descubierto que somos una fuente de energía. En vez de quemar nuestras familias, nuestras vidas, vamos a organizar el incendio. ¿Te sumas?